

dueño de mi verticalidad, pero continué dando bandazos empujado caprichosamente por los colores y los sonidos. Volví a caer, y para mi desgracia lo hice sobre una chica que estaba sentada con alguien. Estaba allí, encima de ella, mientras la pobre trataba de zafarse de mí. Su novio, o quien fuera, me puso de pie y me empujó contra la barra roja del bar. Al volverme me golpeó brutalmente en el estómago. «La próxima vez te baño en sangre», escupió la criatura sobre mi rostro. Permanecí allí, de espaldas a la barra, con los codos apoyados en ella, como si esperara a alguien. Caí en la cuenta de que no me dolía nada, a pesar de que un momento antes me había sentido morir al recibir sus golpes. Sin embargo, era incapaz de moverme. Todo sucedía tan rápido y tan fuerte que me sentí paralizado. Al levantar la vista vi a Nicolás, sonriente, con una copa en la mano. Grité su nombre como quien grita ¡taxi! a las cuatro de la mañana en un barrio de delincuentes. Cada letra de su nombre se fue destrozando en mi estómago, en la garganta, en los dientes, y consiguió salir al exterior como un aullido. ¿Era acaso el dolor del golpe transformado en unas sílabas? Sin embargo, nadie se inmutó, todo el mundo continuó su ritmo vertiginoso, y Nicolás se acercó hacia mí con una sonrisa satisfecha y bobalicona. «¡Sácame de aquí! ¡Sácame de aquí!», le grité cogiéndolo del brazo con tal fuerza que él no dudó ni un momento en llevarme a la calle pensando, quizá, que había enfermado. El aire, ligeramente fresco y húmedo de la noche, me serenó un poco. El aire y el silencio. Me recobré lo suficiente para poder comprender que algo demasiado raro me estaba sucediendo. Aquello era absurdamente extraordinario, enloquecedor en algunos momentos. El mundo había cambiado. Lo curioso es que no era tanto que las cosas hubieran cambiado como que eran profundamente distintas, pero no en el sentido en que podemos decir que las frutas, la arquitectura y las costumbres de un pueblo de la India o del África profundo me podían ser raras, nuevas, desconocidas o distintas. No, era otra cosa: todo aquello era *otra cosa*. ¿Lo extraño? ¿Era la extrañeza en un grado extremo? Podría ser. Los coches eran distintos, las casas tenían otro aspecto, Nicolás estaba lleno de filamentos, él era esos filamentos enlazados de manera armoniosa, el aire brillaba, y el cuerpo me resultaba desconocido. Y lo peor era que no podía pensar, todo mi pensamiento era un fognazo, al mismo tiempo y en todas las direcciones.

—Nicolás, tengo que pensar, ¡tengo que pensar! Trataré de contar: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... Antes de llegar a diez ya estaba hablando de otra cosa, o me callaba olvidando que me había propuesto llegar al diez. Cuando descubría que me había olvidado de mi cuenta, lo intentaba otra vez: uno, dos, tres... y de nuevo lo olvidaba. La conciencia se me diluía como un líquido denso: notaba cómo se iba fundiendo con todo, pero algo,

en estos momentos que describo, me decía que había una presencia tanática en todo aquello. A veces pensaba que estaba pensando, pero pronto ese testigo se disipaba. ¿Dónde estaba? ¿Qué lugar ocupaba cuando no estaba allí? ¿Era un lugar? Mi mundo verbal estaba desapareciendo y con él mi antigua percepción de las cosas. No siempre la extrañeza latía bajo la piel de esa realidad. Podía sentir también que la herida se había restañado, que todo era un mismo latido, que yo era una totalidad indivisible, y que el acto de percibir, lo percibido y ser era todo una misma cosa sin centro. Un doble movimiento me habitaba: por un lado esa fusión exaltada, ese *uno* plotiniano; por el otro, la necesidad de retenerme, de afirmar mi individualidad ante lo innombrable, el mundo del que yo era parte y parecía refutar mi individualidad. Caía, caía por un resbaladero y trataba de retenerme, con lo cual estaba a punto de saltar fragmentado en miles de pedazos.

Nos sentamos en un banco de la alameda, sin hablarnos. No sé el tiempo que estuvimos allí. Yo contemplaba los árboles y las flores de un jardín cercano. Los miraba, pero si tengo que decir más exactamente lo que ocurría, he de recordar que el acto de mirar implica un objeto y un sujeto relacionados por una distancia, y que sin ella no se puede dar el mirar; pero cuando yo miraba en aquella alameda, sólo había una presencia que se contemplaba, y esa presencia era todo, el árbol, el seto, el murete de ladrillos y yo. Yo veía, yo era lo que veía. La percepción, como me había ocurrido esa misma noche con otras experiencias, estaba escindida por momentáneos instantes de conciencia que proclamaban tanto que aquello era maravilloso como terrible.

Con la lentitud de la angustia vi la llegada del amanecer, la luz del alba, y sentí un gran escalofrío. Sentí que había muerto para los otros y que aquello que vivía era sólo un tiempo, o mejor, un espacio sólo para mí, algo que ya no pertenecía al mundo. A su término, cuando terminara de llegar la luz del amanecer, me esfumaría, me disiparía con la noche que ya llegaba a su fin. Me dije que había ido demasiado lejos como para poder volver a tomar café con cualquier vecino. Pocos son los que después de bajar al Hades, vuelven para contarlo, y yo sentía que me había alejado tanto del mundo por mí conocido, que lo que se acercaba con la leve luz de alba, era la muerte. Había percibido, vivido, que se podía estar durante siglos en un solo minuto, y pasar toda una vida en un abrir y cerrar de ojos. Ahora lo entiendo todo —le decía a Nicolás—, ahora que ya he muerto. Me senté en el suelo y lloré, lloré por mí y porque no iba a ver más a Julia, ella que habitaba el otro lado de este límite que se precipitaba para cerrarse sobre mí.

Nicolás trataba de hablarme, pero yo no lo entendía; estaba demasiado entretenido con mi llanto y mi lamento. La conciencia de la muerte me

había refrescado un poco: por un momento me di cuenta de que podía pensar en ello, en mi desaparición, pero notaba que no podía salir de ese pensamiento. Estaba encerrado con un juguete rabioso: el yo. Lo que se estaba muriendo era él, y en el mareo de su derrota, se había vuelto con saña y me decía que me moría, que todo él era yo.

Nicolás me repitió varias veces que la dosis no había sido tan fuerte, pero que habíamos tomado algo de alcohol y que, además, la primera vez ocurren cosas extrañas, especialmente el miedo a lo desconocido. «Deberías tranquilizarte —me dijo al mirarme de frente como buscando por dónde andaba— y subir al coche. Iremos a dar un paseo y luego a casa». Así lo hicimos. Fuimos hasta el coche, pero antes de llegar vi una inmensa luz. Todo estaba iluminado, pero no por focos eléctricos ni por el sol: era una luz reflectante que cada cosa emanaba, una luz de nieve.

—¡Nicolás —le dije como en trance— no volveremos, hemos pasado la línea que divide los dos mundos: la noche es negra y blanca. Lo supo Nerval, hoy lo sé yo. El camino de todos es el camino de nadie: somos ya apenas sombras de la memoria!

—¡Sube, sube al coche! Eso no es más que literatura, estás lleno de literatura..., de la mejor, eh, no me mires así, pero letra al fin y al cabo. ¡Mírame a mí! —gritó Nicolás, y los dos debimos sentir a un tiempo lo ridículo de todo.

¡Mírame a mí! —grité sin poder dejar de reír. Estábamos cada uno a ambos lados del coche, con las manos en las manillas de ambas puertas, pero incapaces de entrar. La risa nos doblaba, y cada vez que nos mirábamos nos reíamos con más fuerza. Nos reíamos con todo el cuerpo, convulsos y con los ojos llenos de lágrimas. Optamos por dejar de mirarnos, porque cada vez que nos veíamos, veíamos nuestros pensamientos y lo que veíamos era una gran risotada. Al fin pudimos entrar en el coche y volvimos a caer en la carcajada que, de seguir, no hubiera dejado nada de este mundo en pie, y menos que nada la nada.

Llegamos a casa y Nicolás puso sin volumen alguno la parte coral de la novena de Beethoven. Nos parecía increíble, pero la oíamos: no como algo externo sino como si la música lo fuera todo. El sonido no estaba separado de lo que veía, de lo que podía tocar.

Oír, ver, tocar, encender un cigarrillo e irme por el humo, en girones, abriéndome y dispersándome por la habitación: humo soy, humo sobre la superficie de este cuadro de burbujas, hombres encerrados en burbujas, cristalizaciones, mónadas, crisálidas. He roto mi burbuja y soy humo en forma de pez, mirada azul en un mar glauco, barco, goleta, velero sobre el mar quieto de mi memoria. Sobre el aire soy pájaro, viento, brisa nocturna que mueve y dispersa este humo: soy dispersión, címbalo, tímpano,

onda abriéndose en este lago silencioso: onda concéntrica dilatándose hacia la totalidad del día que se abre, sístole y diástole, perihelio y afelio. Noche de noches, instante cenagoso, limo del que rescato una palabra encendida girando en la palma de mi mano, sonido, sentido: el cuerpo es el lugar de la música, el cuerpo es el lugar del lugar, el espacio de todos los espacios y tú giras en él, gacela de ojos claros, pasajera del aire, incipiente yerba azul sobre la grieta de mi delirio: tú estás aquí, allí, estoy, caderas de agua, cangilones de la sed por los que subo hasta la fuente, labios que pronuncian mi nombre y desplazan la niebla y los muros arenosos de mi boca, filamentos de colores, cintas, gritos de bacantes en mitad de la tarde ática, y el deseo como una banda de Moebius; sin comienzo ni final. Alguien canta, y de pronto este hambre terrenal, este recuerdo contagiado a mis pupilas de un bacalao al pil-pil. Más allá de este pil-pil no hay nada: todo está aquí, en este espacio que toco con mi cuerpo, en esta grata superficie del mundo reverberante.

—Juan, no hay bacalao al pil-pil, pero sí una lata de raviolis. ¿Por qué no los calientas y les añades un poco de mantequilla cuando estén listos? ¿Te parece?

Teníamos hambre y una sensación metálica en el estómago. Ya había amanecido del todo y notaba con malestar que volvía a ocupar mi sitio en el mundo, el sitio de siempre. Pero este lento desembarco a las orillas de mi vieja fortaleza se alternaba con significativas ausencias del intermedio: estar y no estar al mismo tiempo, en una suerte de contradicción instantáneamente resuelta. Sin embargo, a pesar de cierto malestar del que ya he hablado, algo en mí quería regresar al estado anterior. Era un sentimiento que surgía en los momentos de plena conciencia.

Los raviolis, acompañados con una cocacola, me fueron devolviendo al mundo de todos los días. Pasado un rato, volvimos a salir y nos fuimos a la playa donde nos sentamos en la arena, de cara al mar. Todo estaba despertando a una nueva vida; el mundo volvía a nacer. Me sentí triste, solo. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Qué podía hacer? Las olas se sucedían, rugiendo lentamente en su caracoleo sobre el alféizar de conchas y piedras de la orilla. El sol cegaba. Frente a mí, cubiertas y descubiertas instantáneamente por la leve espuma de las olas, surgían racimos de piedras preciosas entre las algas. Las olas se sucedían y mi memoria bajaba a su raíz como una piedra que busca el fondo. Por un momento sentí en mi alma, o en términos de cocina, en mi cacerola bullente, un sonido: pil-pil, pil-pil. La salsa estaba lista, algo se había mezclado quizá definitivamente, ¿pero qué? *C'est la mer mêlée au soleil*. Era la mar mezclada al sol, sí era mi infancia y era mi vejez, era la primera luz de los días infantiles y la última, era el tiempo que al deshacerse tomaba forma, no en mármol, en una ola